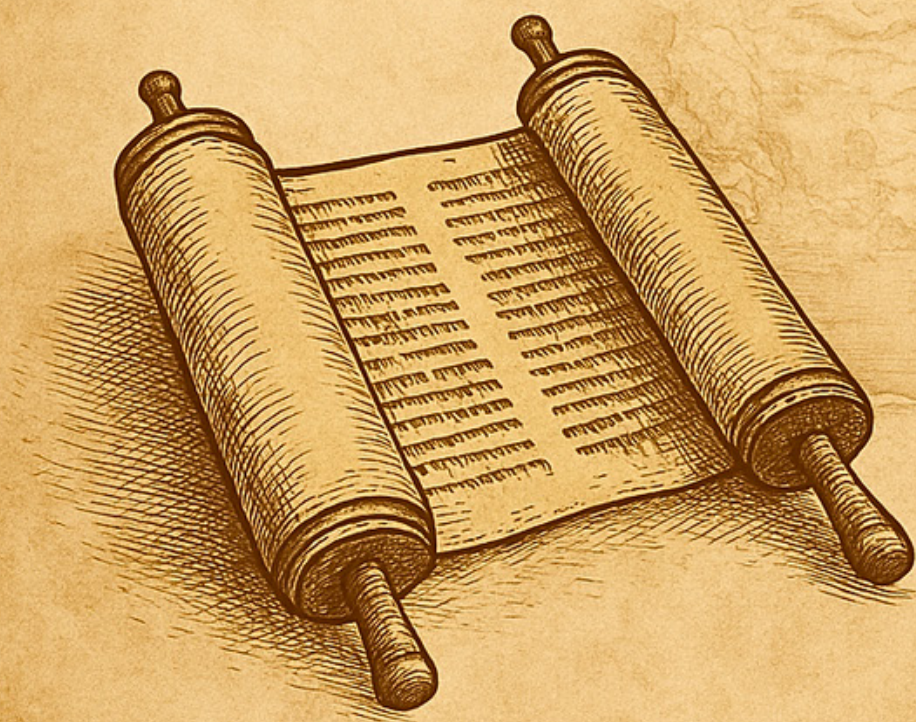


LA SEPTUAGINTA

El puente entre la Palabra y el
mundo antiguo



SABIDURÍA PARA EL CORAZÓN

LA SEPTUAGINTA

El puente entre la Palabra y el mundo antiguo

En el inmenso relato de la historia bíblica, existen momentos en que la providencia de Dios parece tocar la historia con una precisión casi invisible, pero absolutamente decisiva. Uno de esos momentos ocurrió en Alejandría, hace más de dos mil años, cuando un grupo de sabios judíos tradujo la Palabra revelada al idioma de un imperio. El resultado fue la Septuaginta, una obra que no solo sirvió de puente entre culturas, sino que, en los planes eternos de Dios, preparó el camino para la llegada del Evangelio a las naciones.

La necesidad de una Palabra accesible

Para entender el origen de la Septuaginta, debemos retroceder al siglo IV a.C., cuando Alejandro Magno, conquistador macedonio, sembró en vastas regiones del mundo conocido una lengua común: el griego koiné. Esta lengua franca no solo unificó el comercio y la filosofía, sino que también penetró profundamente en la vida religiosa y cultural de los pueblos conquistados, incluido el pueblo judío.

En Egipto, y especialmente en la ciudad de Alejandría, vivía una numerosa comunidad judía. La mayoría eran descendientes de generaciones nacidas fuera de Palestina, y muchos ya no comprendían el hebreo ni el arameo. Para ellos, las Escrituras sagradas, escritas en la lengua de sus padres, comenzaban a volverse incomprensibles. Así nació una necesidad urgente: traducir la Ley, los Profetas y los Escritos a la lengua de la diáspora.

La Palabra de Dios no debía quedar atrapada en un idioma inaccesible. Y ese deseo por acercarla al corazón de un pueblo alejado no fue simplemente una iniciativa humana. Fue parte de un diseño divino para que, siglos más tarde, cuando el Mesías viniera, el mensaje del Reino encontrara caminos ya abiertos.

La leyenda de los setenta

Una de las narraciones más intrigantes sobre el origen de esta traducción se encuentra en un antiguo texto conocido como la Carta de Aristeas, probablemente del siglo II a.C. Según este relato, el rey Ptolomeo II Filadelfo, deseoso de enriquecer su Biblioteca de Alejandría —una de las más grandes del mundo antiguo— pidió una copia de la Ley judía.

Para ello, envió embajadores a Jerusalén, solicitando al sumo sacerdote que enviara escribas sabios para traducir los libros sagrados. Setenta y dos ancianos (seis de cada tribu) fueron enviados, hospedados con honor en la isla de Faros, y según la tradición, cada uno tradujo de manera independiente... ¡y milagrosamente todos coincidieron palabra por palabra! Esta armonía fue interpretada como una señal de que la traducción estaba inspirada por Dios.

Aunque los estudiosos modernos consideran este relato más simbólico que literal, la historia transmite un punto crucial: la comunidad judía veía esta obra como algo santo, no simplemente una traducción funcional, sino una obra guiada por el Espíritu.

Un proceso largo y providencial

Históricamente, sabemos que el proceso de traducción fue mucho más gradual. Se inició probablemente en el siglo III a.C. con la Torá (los cinco libros de Moisés), y luego se extendió progresivamente a los demás libros del canon hebreo. La traducción no fue hecha por un solo equipo ni en un único momento, sino que se desarrolló durante más de un siglo.

A esta colección se añadieron algunos libros que no estaban en el canon hebreo tradicional pero que sí eran ampliamente leídos por los judíos de la diáspora, como Sabiduría, Eclesiástico (Sirácides), Baruc, Tobit, Judith y los libros de los Macabeos. Estos textos, conocidos hoy como deuterocanónicos, serían posteriormente parte integral del canon de las Iglesias orientales y católica, aunque excluidos por el canon protestante.

El griego koiné usado en la Septuaginta no era el griego literario de Homero o los filósofos, sino la lengua común de la gente. Esto significó que la Palabra de Dios se hizo accesible al hombre común, anticipando lo que siglos más tarde sería la encarnación del Verbo: Dios expresándose en un lenguaje humano, comprensible, cercano.

Hallazgos arqueológicos y evidencia textual

El valor de la Septuaginta no reside únicamente en su uso histórico dentro del judaísmo helenista o en la Iglesia primitiva, sino también en su peso textual, rescatado y revitalizado gracias a descubrimientos arqueológicos modernos. Uno de los hitos más decisivos en este sentido fue el hallazgo, en 1947, de los Manuscritos del Mar Muerto en las cuevas de Qumrán, cerca del mar homónimo.

Allí, en un entorno desértico que permitió su conservación por más de dos mil años, fueron descubiertos más de 900 manuscritos en hebreo, arameo y griego, muchos de ellos fragmentos o copias completas de libros del Antiguo Testamento, datados entre el siglo III a.C. y el I d.C. Lo notable fue que varias de estas versiones hebreas antiguas coincidían más estrechamente con las lecturas contenidas en la Septuaginta que con el posterior Texto Masorético, estandarizado por los sabios judíos entre los siglos VII y X d.C.



Este hallazgo sacudió las certezas textuales tradicionales. Hasta entonces, se asumía que la Septuaginta era una traducción defectuosa o libre del hebreo masorético; sin embargo, los fragmentos de Qumrán demostraron que la Septuaginta refleja fielmente una forma alternativa del texto hebreo, probablemente más antigua, que coexistía en los siglos previos a Cristo. Esto no solo le devuelve su dignidad textual, sino que la posiciona como una ventana al estado del texto bíblico en el período del Segundo Templo, antes de que se fijara una versión definitiva en el judaísmo rabínico.

Entre los ejemplos más notables está el Libro de Jeremías: en Qumrán se hallaron versiones del texto hebreo que eran considerablemente más cortas, y cuya estructura coincidía con la de la Septuaginta, que presenta un orden y una extensión distinta del libro tal como lo conocemos en el texto masorético. Otro caso es el Libro de Samuel, donde las lecturas de la Septuaginta resuelven incoherencias narrativas que en el texto masorético resultan difíciles de explicar.



Además, algunos fragmentos en griego encontrados en Qumrán —como el famoso 7Q1 (Éxodo) y 4Q122 (Levítico)— prueban que incluso en ese núcleo de judíos conservadores del desierto, la Septuaginta o partes de ella eran conocidas y posiblemente usadas, lo que echa por tierra la idea de que su empleo fue exclusivo del mundo judío helenístico o del cristianismo naciente.

Pero el valor arqueológico no termina en Qumrán. En Egipto, en sitios como Oxirrincó y Al-Fayyum, se han hallado cientos de fragmentos de papiros bíblicos en griego, que corroboran la difusión de la Septuaginta desde el siglo III a.C. hasta bien entrado el período bizantino. Muchos de estos manuscritos no solo portan el texto bíblico, sino también glosas, marcas litúrgicas y correcciones marginales, evidencia del uso vivo y constante del texto en comunidades que lo veneraban como Escritura inspirada.

Hoy, los estudiosos reconocen que la Septuaginta no es simplemente una traducción de segunda mano, sino un testigo textual valiosísimo, que a menudo conserva lecturas más antiguas, más coherentes o más teológicamente claras que las del texto hebreo masorético posterior. Como afirmaba el experto Emanuel Tov, “la pluralidad textual era la norma en la antigüedad, y la Septuaginta representa una de esas ramas legítimas” del árbol escritural.

En definitiva, los descubrimientos arqueológicos han obligado al mundo académico —y al teológico— a mirar nuevamente a la Septuaginta no como una sombra, sino como una voz auténtica del mundo bíblico antiguo, conservada en papiros y cuevas, entre arenas y manuscritos que aún hoy siguen hablando.

La Biblia que leyeron los apóstoles

Uno de los datos más significativos —y a menudo olvidado— es que los apóstoles, los primeros cristianos, e incluso Jesús mismo, probablemente utilizaron la Septuaginta en sus citas del Antiguo Testamento.

Al examinar el texto griego del Nuevo Testamento, encontramos que más del 80% de las citas del Antiguo Testamento provienen de la Septuaginta, no del texto hebreo masorético. Esto no solo revela qué versión estaba más difundida en el primer siglo, sino también qué versión consideraban autoritativa los autores inspirados del Nuevo Testamento.

Un ejemplo sobresaliente es Isaías 7:14. El texto hebreo dice que una “joven” (hebreo almah) concebirá. La Septuaginta traduce almah como parthenos, es decir, “virgen”, una palabra que tiene un matiz mucho más claro en relación al nacimiento milagroso del Mesías. Esta versión fue citada directamente por Mateo (Mateo 1:23), señalando a Jesús como cumplimiento de la profecía.

Un instrumento para las naciones

En los días de los apóstoles, el Imperio romano era un tapiz de lenguas, rutas y culturas unificadas por una lengua común: el griego koiné. Pero siglos antes de que Pablo emprendiera sus viajes misioneros, la presencia judía ya se había extendido por todo el Mediterráneo. Desde Alejandría hasta Roma, pasando por Éfeso, Antioquía, Filipos y Tesalónica, había comunidades judías establecidas, muchas con sus propias



sinagogas, funcionando como centros de oración, enseñanza y reunión. Según el historiador Filón de Alejandría, en su tiempo había más de un millón de judíos viviendo solo en Egipto, y se estima que al menos un tercio de la población de Alejandría era judía. Estos judíos de la diáspora, en su mayoría, hablaban griego y necesitaban las Escrituras en esa lengua.

Es en ese contexto que la Septuaginta se convirtió en algo más que una traducción: fue el puente entre el judaísmo y el mundo gentil. Los judíos helenistas la usaban no solo en la lectura privada, sino también en las lecturas públicas de las sinagogas. El Antiguo Testamento griego se convirtió en parte esencial del culto y la catequesis, siendo muchas veces la única versión conocida por los fieles que ya no hablaban hebreo ni arameo.

Cuando Pablo y los demás misioneros cristianos visitaban estas ciudades, su estrategia comenzaba casi siempre en las sinagogas locales. El libro de Hechos nos ofrece un retrato repetido: en lugares como Tesalónica, Berea, Corinto y Éfeso, Pablo predicaba primero a los judíos y a los “temerosos de Dios”, gentiles que asistían a la sinagoga y respetaban al Dios de Israel. Pero, ¿cómo conocían estos gentiles las promesas, los salmos y los profetas? Porque las Escrituras estaban disponibles en griego, y era la Septuaginta la que se leía y discutía cada sábado.

Este fenómeno revela algo profundo: la Septuaginta preparó el camino para el Evangelio. No fue simplemente un recurso más, sino una herramienta providencial que permitió que el mensaje de Jesús no surgiera en un vacío, sino como el cumplimiento visible de promesas ya conocidas. Los gentiles temerosos de Dios ya habían leído en Isaías sobre la luz que vendría a las naciones, conocían los relatos de Abraham, y habían oído hablar del Siervo sufriente. Cuando los apóstoles proclamaban a Cristo como el cumplimiento de esas Escrituras, la conexión era inmediata.



Además, gracias a la infraestructura sinagoga dispersa en todo el mundo romano, los apóstoles hallaron no solo auditorios listos para escuchar, sino también plataformas ya establecidas para anunciar el Evangelio. Como explica el teólogo F. F. Bruce, la Septuaginta "proporcionó la materia prima para la predicación cristiana primitiva", ya que los textos usados para argumentar que Jesús era el Mesías provenían mayoritariamente de ella.

Este uso de la Septuaginta no pasó desapercibido. Algunos rabinos llegaron a acusar a los cristianos de “robar las Escrituras”, ya que las usaban con libertad en griego, citándolas como autoridad divina en debates públicos. Sin embargo, esa apropiación tenía una razón teológica de fondo: los apóstoles no estaban inventando un nuevo mensaje, sino mostrando cómo el plan de Dios revelado en las Escrituras

encontraba su clímax en Jesús. Y esas Escrituras —el Antiguo Testamento tal como lo conocían los pueblos gentiles— hablaban en griego.

En definitiva, la Septuaginta fue más que una traducción: fue una herramienta misionera anticipada por la providencia divina, un instrumento que preparó los caminos del Evangelio antes incluso de que los pies de los apóstoles los recorrieran.

El rechazo judío posterior y la reacción cristiana

No todo fue aceptación. Con el paso del tiempo, y especialmente tras el crecimiento del cristianismo y sus controversias con las sinagogas, la Septuaginta, que había sido una joya de la diáspora judía, comenzó a ser vista con sospecha y finalmente rechazada por el judaísmo rabínico.

Cambio de contexto: del Segundo Templo a Yavne

Tras la destrucción del Templo de Jerusalén en el año 70 d.C. por parte de los romanos, el centro del judaísmo se desplazó hacia una estructura más rabinocéntrica, sin sacerdocio ni sacrificios. Fue en este contexto que surgió el movimiento fariseo, que más tarde cristalizaría como el judaísmo rabínico.



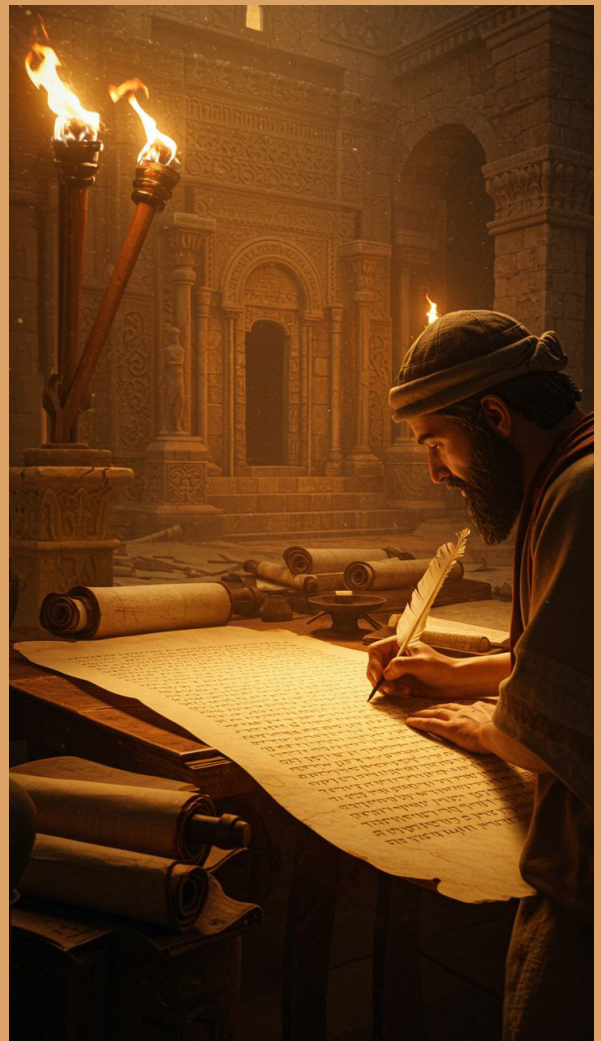
En el Concilio de Yavne (o Jabné, hacia el año 90 d.C.), los rabinos comenzaron a delimitar el canon de las Escrituras y a reafirmar el hebreo como lengua sagrada, en parte como reacción a dos amenazas:

- 1. El creciente uso cristiano de la Septuaginta para proclamar a Jesús como el Mesías.**
- 2. La difusión de textos “extraños” (como los deuterocanónicos), que no formaban parte del texto hebreo tradicional.**

Los cristianos y la Septuaginta: apropiación y polémica

Mientras los rabinos trataban de proteger su identidad religiosa después de la catástrofe del año 70, los cristianos usaban activamente la Septuaginta para predicar, debatir y demostrar que Jesús era el cumplimiento de las profecías.

Pasajes como Isaías 7:14, Salmo 22 o Sabiduría 2 eran citados para mostrar que el Mesías debía sufrir, morir y resucitar. Esta lectura cristológica de la Septuaginta irritó profundamente a los rabinos, que veían cómo una obra que había nacido en el seno del judaísmo era usada para proclamar un mensaje que consideraban herético.



Una anécdota ilustrativa: Justino Mártir y Trifón el judío

Uno de los testimonios más vívidos de esta tensión está en el *Diálogo con Trifón*, escrito en el siglo II por Justino Mártir, un filósofo cristiano convertido. En esta obra apologética, Justino entabla un extenso diálogo con un judío llamado Trifón (probablemente un personaje representativo de la postura rabínica).

Allí, Trifón se queja de que los cristianos “falsifican” las Escrituras, especialmente las versiones griegas. Justino, por su parte, acusa a los judíos de alterar deliberadamente el texto hebreo para eliminar pasajes que apuntaban al Mesías. A modo de ejemplo, cita que algunos judíos habrían omitido frases mesiánicas de Jeremías y del Salmo 95.

Este conflicto textual se convirtió en una verdadera “guerra de versiones”, donde el texto mismo se volvió campo de batalla. Mientras los cristianos defendían la Septuaginta como la Palabra auténtica usada por los apóstoles, los rabinos desarrollaban una nueva tradición textual: el Texto Masorético, que a partir del siglo II en adelante se convertiría en el estándar judío.

Desarrollos posteriores: versiones alternativas

Como reacción a la creciente autoridad de la Septuaginta en manos cristianas, surgieron en el mundo judío nuevas traducciones al griego hechas por y para judíos, entre ellas:

- Aquila de Sinope (siglo II), quien realizó una traducción extremadamente literal del hebreo al griego, siguiendo al pie de la letra la gramática hebrea para evitar interpretaciones cristianas.**
- Teodoción y Símaco, quienes también ofrecieron versiones alternativas en griego, más cercanas al hebreo masorético.**

Estas traducciones no eran meros ejercicios filológicos, sino estrategias teológicas defensivas. Eran intentos de reclamar el control de las Escrituras, distanciándose de una Septuaginta que ya se consideraba “cristianizada”.

El precio del rechazo: pérdida y ganancia

Este rechazo de la Septuaginta por parte del judaísmo rabínico trajo consecuencias profundas. Por un lado, se perdió una conexión con una tradición textual rica y

antigua, cuyo valor recién comenzó a redescubrirse en el siglo XX con los hallazgos de Qumrán.

Por otro lado, el cristianismo abrazó la Septuaginta como su Antiguo Testamento natural, y la utilizó durante siglos como base para la teología, la liturgia y la formación doctrinal.

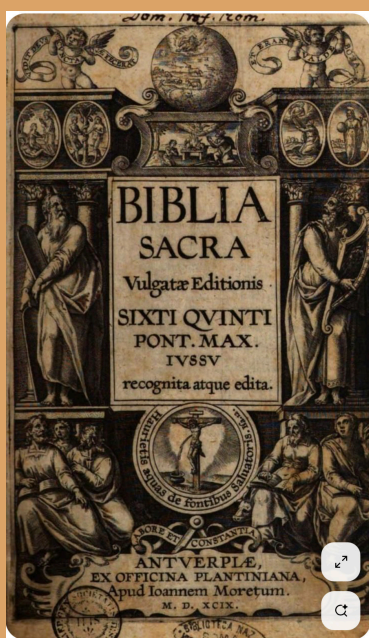
Así, el mismo texto que en su origen fue una bendición compartida, se convirtió con el tiempo en un símbolo de división, pero también en un testimonio del poder de la Palabra para cruzar fronteras, provocar preguntas y trazar puentes... incluso cuando hay resistencia.

El legado de la Septuaginta en la Iglesia

Durante los siglos siguientes, la Septuaginta fue la Biblia oficial de la Iglesia griega, y también influyó en traducciones como la Vetus Latina, antecesora de la Vulgata de san Jerónimo.

Incluso Jerónimo, aunque prefería el hebreo para su traducción al latín, reconoció el peso y la autoridad de la Septuaginta, especialmente por su uso en la liturgia y la tradición apostólica.

En la Iglesia Ortodoxa, hasta el día de hoy, la Septuaginta sigue siendo la versión canónica del Antiguo Testamento. Y para los estudiosos modernos, es una mina de oro no solo por su valor lingüístico, sino por lo que revela sobre la interpretación judía precristiana del texto sagrado.



Una Palabra viva, una Palabra traducida

La historia de la Septuaginta no es solo la historia de un libro, sino la historia del deseo de Dios de hablar a todas las naciones, en su propia lengua, en su propia cultura. La traducción no diluye la Palabra: la extiende, la encarna, la vuelve cercana.

Hoy, cuando vemos esfuerzos de traducción de la Biblia a miles de idiomas en el mundo, estamos continuando un legado que comenzó en Alejandría: hacer accesible la Palabra viva de Dios a todos los pueblos.

Y si la Septuaginta sirvió como puente entre Jerusalén y Atenas, entre los profetas y los apóstoles, entre la Ley y el Evangelio, entonces su historia es también la historia de la fidelidad de Dios, que nunca deja a su pueblo sin una voz que le hable.

